

CREACIÓN



POEMAS

ÓSCAR RODRÍGUEZ

Está en marcha

Está en marcha,
siguen
siglos de memoria lanzándose al presente,
pero es ahora que escucho sus ecos.
No percibo exactas
las palabras, no me llega
su contenido,
pero como la ola arriba al borde,
insistente,
de esta arena desde la que la miro, llegan
su olor, la brisa,
a contarme la historia
de todo el océano.

Estos días son un bosque tupido

23.04.10 Salamanca, café El Alcaraván

Estos días son un bosque tupido,
árboles que son horas,
arbustos que son minutos,
segundos...
El tiempo está por desbrozar,
el devenir por deforestar.
La mente tala,
prende fuego,
saca el hacha, la sierra
eléctrica,
prepara el camino.



Como cada uno somos tantas muchedumbres...

«E é essa condição de não ser homem...»

Carlos Nejar

Como cada uno somos tantas muchedumbres
cada huida es un éxodo y sabemos
qué se padece en esas migraciones.

En ese viaje los ojos sólo sirven
para fijarse en el camino, no los guía
la esperanza, es la mirada
de los pies.

Cerebro, corazón, alma y espíritu están
desconectados. Los cuerpos
se yerguen sobre la columna
vertebral del miedo.



En ese estado
ya son, somos, animales,
ya puede tratárseles como tales,
agrupárseles,
sumergírseles en una masa cuyos bordes
hay que ir igualando
para que nada sobresalga y no pueda despertar
el cerebro o el coraje.

Y es esa condición de no ser hombre
la que esperan para justificarlo todo, son,
somos, datos aproximados,
un porcentaje, un efecto
inevitable.

Inspiración

Inspiración.

El abdomen se infla, levemente,
es lo único que existe, tuve todo un cuerpo,
ahora no sé dónde acabo,
se vacía, sale el aire,

más profundo.

Me acoge

la oscuridad que deben de padecer los huesos, una
oscuridad mullida,

de carne y músculo, aún hay fuera un exterior,
se vacía, sale el aire,

más profundo.

El entorno se ha hecho duro,
me escayola, debo de estar dentro del hueso,
algo ajeno se vacía, sale el aire

más profundo.

Nada ocurre. Ni siquiera esto que pienso,
que sólo es un recuerdo, si no una invención.

Nada traspasa ese momento de desconexión
no existe el hombre, no existe el cuerpo,
no existe el tiempo, nada
queda registrado, está unido
al torrente genuino,
del que se llena, pues ha llegado vacío.



Algo de nosotros (para Núria)

Si hubiese algo de nosotros
 mecido en el mar,
 a buen recaudo, ajeno;
 algo salvado,
 protegido,
 ingresado en otra cuenta;
 si hubiese otro igual
 a nosotros
 que llegara en el último instante
 a rescatarlo todo,
 a darnos otra vez,
 otra vida.

Qué lejos quedan los dedos

Qué lejos quedan los dedos
 de la puerta,
 a cuántos pasos y de qué
 desesperante
 medida.
 La respuesta,
 de pronto,
 está en el otro lado del cañón,
 a tomar por culo,
 a esa distancia increíble
 que surge después de todo esto caminado.

Miro a los lados,
 busco el nombre de la calle
 por si ya he pasado por ella
 antes
 con esta misma edad.
 Me parece que llega todo tarde
 o ni siquiera tengo opción
 de decidir.





Nazco en soledad

Nazco en soledad
cada día.
Sin dios, este dios que,
curiosamente, queda
ya nombrado.

Nazco en soledad
desesperante,
de las de al otro lado de la orilla.

Extiendo el brazo
por encima del caudal hacia ese
solo y otro yo
y con asombro
le doy la mano.

Minutos después del nacimiento
descubro que tengo un motivo.
Pasa
ese río de vida llevando mis ojos,
mi cara; me reconozco en el flujo.

Ya no pregunto a los cristales
por un dios,
simplemente sigo el ciclo:

me gana cada noche
el sueño duro de la muerte
y renazco
solo
al día siguiente.

Sin dios.
Sin odio.
Me vence la vida.



POEMAS

BASILIO SÁNCHEZ

El lugar de los hechos

Todo lo que ahora abarca la mirada,
la memoria, los momentos perdidos,
todo aquello
que ignoré de la vida,
que apenas reconozco, bajo su lentitud, en este hueco
que conforman mis manos.

Ese rumor que intuyo cuando escribo esta página,
este presentimiento, esta insistencia
que después me conduce, más allá de mí mismo,
hasta un lugar cercano
al de mi nacimiento, al de mi muerte.

Nada a mi alrededor, sólo la leve
respiración pausada
de un animal que mira con la cabeza vuelta.
Bastará con mis ojos,
con esta mano antigua que aproximo a su boca,
para que se levante y huya.

Las bayas

Presiento tus palabras a través de los muros
de una habitación que será eterna.

Hay un país que crece
con la sustancia de los sueños
y una casa cerrada
en la que se acumulan los escombros
de una luz suficiente.

Quizá no fuera ésta la vida que esperábamos,
pero sí es el lugar.

Aquí donde se alzan
contra un cielo de piedra
una pared caída y luego otra,
serán nuestras palabras las que nos den cobijo.

Lo poco que tenemos,
lo mucho que tenemos está aquí, delante de nosotros.

Yo pongo la ventana,
tú los tallos, los zarcillos azules,
las silenciosas bayas transparentes.

Entre nosotros

Añoro la ceguera que es un punto de luz.

Bebo de la memoria como otros
del agua de las fuentes, de los vasos
de la antigua liturgia.

Después de mucho tiempo,
ahora vivo despacio, sin intimidaciones,
sin que pueda la noche ganarme en sutileza
ni la muerte en sigilo.

Soy el hombre que no ha salido nunca
de los alrededores de su mano, el que se ha hecho
perdonar por la nieve
y el que anda por las habitaciones
preservando en silencio la sustancia
de su felicidad.

Quien para guarecerse
necesita los nombres de todos los que ha sido,
recordar las palabras con las que cada día
ha vivido o ha muerto.

La mujer que camina

La mujer que camina delante de su sombra.

Aquella a quien precede la luz como las aves
a las celebraciones del solsticio.

La que nada ha guardado para sí
salvo su juventud
y la piedra engarzada de las lágrimas.

Aquella que ha extendido su pelo sobre el árbol
que florece en otoño, la que es dócil
a las insinuaciones de sus hojas.

La mujer cuyas manos son las manos de un niño.

La que es visible ahora en el silencio,
la que ofrece sus ojos
al animal oscuro que mira mansamente.

La que ha estado conmigo en el principio,
la mujer que ha trazado
la forma de las cosas con el agua que oculta.

Escribo casi a oscuras, en las habitaciones pequeñas de la casa, donde difícilmente podría haber un hombre. Me obstino en la palabra que se dice al oído, que empaña los cristales, que humedece los bordes de la página. Presiento que un poema es un ruido que se intuye a lo lejos, la puerta que se abre al otro lado de una misma ciudad. Por eso cada noche, después de que el cansancio consigue disuadirme, dejo sobre la mesa una vela encendida: la lámpara votiva de una iglesia sin culto, desprovista de imágenes.

Un poema no es nada: un grito imperceptible en un extremo del aire de la noche, la desembocadura del río de las palomas en lo alto de la fachada de la casa. Un poema no es nada: la flor del aguacero, la margarita azul de los canales; esa verdad que rondan, sin acercarse a ella, las palabras inútiles.

Me lo pregunto ahora y no se trata de la luz esta vez, sino del territorio menor de la penumbra, del teatro de sombras que alguien escenifica para ti en la profundidad de una caverna. Sé que lo que conozco es sólo una comarca de lo que no conozco; que todo lo que he escrito no es, al cabo, más que un carro de bueyes transportando de una página a otra, por el camino ciego del asombro, de la perplejidad, una misma pregunta, un expectante e idéntico silencio.

Se vive la escritura como se vive el agua desde dentro de sus pequeños círculos, el río desde la perspectiva de sus guijarros. Se vive en la escritura como se participa de la respiración de lo sagrado en cualquiera de las rutas del aire. Podrá tener sentido o no tenerlo, pero ésa es la vida del poema.

Sumido en la cuaresma de mis debilidades, no escribo para el dios de los hombres ni como testamento, sino como el que un día abandona muy temprano su casa y, calle abajo, con las manos vacías, convencido de que no habrá retorno, va alejándose hasta perder de vista, definitivamente, la vida que ha vivido, el entramado firme de sus propias certezas.

Me lo pregunto ahora. Un poema no es nada y, sin embargo, quizás por un momento, alguna vez consigue redimirnos de nuestra originaria condición de exiliados.